

“Liberalismos”

Centro de Estudios Públicos, 25 de abril de 2018

Ignacio Briones, Decano Escuela de Gobierno UAI

Introducción

Muy buenas tardes. Quisiera comenzar por agradecer al CEP por esta invitación y muy especialmente a Ernesto Rodríguez, entrañable amigo y profesor. También a Agustín Squella y Nicolás Grau, con quienes tendré el placer de compartir.

Que la invitación sea a hablar de liberalismoS en plural, señala que el liberalismo es una doctrina de contornos gruesos que admite ramificaciones a partir de un tronco común, a saber: la libertad para que los individuos puedan ser arquitectos soberanos de sus proyectos vitales.

Y el que sea de contornos gruesos, en oposición a una ideología cerrada que deja poco espacio a la duda, es parte de su riqueza y la razón última de por qué es amigo de la conversación como la que nos reúne esta tarde.

En lo que sigue, abordaré brevemente dos cuestiones. Partiré por referirme al “tronco común” del liberalismo. En una segunda parte, entregaré mi visión respecto al punto de divergencia entre liberalismos y justificando dónde me sitúo yo.

1.El liberalismo como duda

Voy al tronco.

Antes de referirme a su valor en tanto doctrina política, me gustaría partir por destacar la importancia que los postulados liberales tienen en tanto teoría del conocimiento.

El liberalismo reniega del dogmatismo y de las verdades reveladas. Asume, en cambio, que el conocimiento se aloja en diversidad de posiciones y que la aproximación a la verdad es un proceso de prueba y error anclado en el pensamiento crítico. Y es por eso, como planteara Popper, que el liberalismo reivindica una sociedad abierta a la competencia de ideas.

Si en un mundo de certezas el liberalismo no tendría demasiada razón de ser, la aproximación liberal supone una actitud de duda y humildad intelectual para reconocer la potencial falibilidad de nuestras convicciones, someterlas de buena fe al escrutinio y estar abiertos a que la postura contraria sea valiosa. Plantear la incontestabilidad de ciertas posturas o dotarlas de justificaciones místicas ininteligibles al resto, implica, a fin de cuentas, una pretensión de superioridad y de desprecio por lo que el otro tenga que decir.

No es de extrañar, entonces, que la libertad de expresión, incluso la de aquellas ideas que nos parecen repugnantes, sea una de las reivindicaciones más profundas del liberalismo. El genio y la originalidad individual solo pueden florecer en la libertad de expresión y todo intento de censura es gran robo a la humanidad, decía Mill.

El punto es que la libertad de expresión es esencialmente subversiva. Su rol es poder desafiar al status quo, incluyendo la opinión pública o las posturas ancladas en la tradición como única justificación. Es en esta subversión donde radica su valor, pero también la recurrente amenaza de conculcarla en pos de la defensa de un cierto orden o idea del bien.

2. Liberalismo Político

Vayamos ahora al liberalismo en tanto doctrina política como parte de este tronco.

Su preocupación última no es distinta de la pregunta política clásica que hiciera Platón: ¿en qué consiste una vida feliz en sociedad? Pero a diferencia de Platón y esa suerte de felicidad social de iluminados a la cual los individuos deben someterse, la postura del liberalismo es otra. La felicidad, la construcción de los proyectos vitales, es esencialmente individual. Por ello, su aproximación política radica en reglas tales que el individuo pueda forjar libremente su proyecto en la medida que no prive a otros de la posibilidad de hacerlo.

Esta valoración de la soberanía individual, del individualismo, tiene una serie de consecuencias bien conocidas y que son la base de la democracia liberal. Primero que hay espacios de inviolabilidad del ser humano que dan origen a derechos y libertades absolutas. Segundo, y relacionado con lo anterior, que el poder político debe ser siempre limitado. Y es por esta misma razón, que es deseable que la sociedad civil sea un actor potente que complemente y contrarreste.

El que cada cual debe ser libre para ser autor de su proyecto vital subraya un hecho central. Este es que lo que hace el liberalismo, a fin de cuentas, es considerar a las personas como fines en sí mismas y no como medios de alguna causa del colectivo. ¿Puede haber un gesto de mayor empatía y reconocimiento de igual valor o dignidad del otro?

Me parece que no. Y es por esto mismo que es una burda caricatura etiquetar al liberalismo y al individualismo que lo sustenta como sinónimo de egoísmo y de individuos esteparios desconectados de la sociedad. Amén de la cuestión obvia de que el individualismo no excluye en caso alguno la preocupación por el bien común y que interés propio no es lo mismo que egoísmo, cuesta concebir una regla más respetuosa de la dignidad del otro que considerarlo como un fin en sí.

Una consecuencia directa de esto es que el liberalismo es amigo del pluralismo y de una sociedad abierta, con fines humanos múltiples y en permanente tensión, decía Berlin. Tratar a los individuos como fines implica reconocer, a su vez, que sus propios fines son inconmensurables y no pueden ser subsumidos, como por una regla de cálculo, en una suerte de individuo representativo. Pretender lo contrario es la ambición de las sociedades cerradas, de los colectivismos, nacionalismos y de todo régimen totalitario.

Por supuesto, la libertad para trazar su propio camino conlleva distintas libertades. Por eso mismo, es contradictorio con el liberalismo cuando se reivindican ciertas libertades y se invisibilizan otras. Así, por ejemplo, es común desde cierta derecha defender la libertad económica –que no es la de un mercado desregulado o donde la libre competencia no importe- pero minimizar la libertad en los llamados temas valóricos. Pero también es recurrente asistir a una izquierda que peca del déficit contrario y asume que, en aras de la igualdad, de una suerte de libertad social, la libertad económica a través del mercado es de segundo orden. Vale la pena detenerse brevemente sobre esto último.

Ocurre, y esta es la cuestión de fondo, que el mercado es una pieza fundamental en la construcción de los proyectos vitales a los cuales debemos respeto. El mercado y sus intercambios voluntarios tiene, por ende, una profunda dimensión moral que no cabe minimizar. En este, los individuos expresan anónimamente sus preferencias y juntan las piezas con que van cimentando sus proyectos vitales. Por supuesto, esta dimensión no solo remite al consumo. También toca al emprendedor

cuya empresa no es un mero puñado de activos, sino también el reflejo de sus sueños y aspiraciones más íntimas.

3. LiberalismoS

Si lo anterior constituye el tronco común, ¿dónde emergen las ramificaciones?

Me parece que las diferencias fundamentales surgen respecto del alcance de la noción igualdad. Tocqueville lo entendió muy claramente cuando vio que los americanos tenían una “ardiente pasión por la igualdad, incluso a riesgo de sacrificar la libertad de la que gozaban.

Subrayando que todo liberalismo es igualitario en alguna medida, la cuestión relevante es igualdad en qué y en qué grado. En sus orígenes el liberalismo defendió una igualdad formal anclada en derechos, libertades y la igualdad ante la ley. La pregunta que surge luego es si acaso el liberalismo no puede admitir la igualdad en otras dimensiones, particularmente la material.

Esta discusión conecta con la tensión entre libertad negativa y positiva célebremente planteada por Berlin. Primero, porque quien dice igualdad material dice redistribución de rentas, afectando la libertad económica en tanto libertad negativa. Segundo, porque en aras de la igualdad, en qué se distribuya y como se haga no es necesariamente neutral de cara a una cierta definición de la vida buena. Los socialismos reales dan una buena idea de ese riesgo.

En lo que sigue me referiré a dos extremos en esta discusión.

En un lado podemos imaginar un liberalismo de pura libertad negativa e igualdad formal que, otorgándole a la libertad económica y a la propiedad un valor máximo se opondría a cualquier forma de redistribución. Esta postura extrema es la del liberalismo libertario. En oposición, el liberalismo clásico siempre consideró formas de redistribución y la pregunta sigue siendo de qué cuantía y a quiénes. El propio Adam Smith podría ser considerado un igualitarista moderado desde que planteaba impuestos moderadamente progresivos, un sistema educacional para los más necesitados financiado con fondos públicos o incluso la necesidad de que las clases más pobres tuvieran acceso a vestimenta adecuada para presentarse sin vergüenza frente al otro. Y en esta misma línea, por citar a referentes liberales modernos, tanto Berlin como Popper se refirieron a los horrores que pueden ocurrir en bajo un liberalismo de *laissez faire* o de pura libertad formal.

En el otro extremo, uno podría plantear un liberalismo, si acaso podemos llamarlo así, cuya preocupación última fuera la estricta igualdad material, ya sea de resultados o nivelando perfectamente las condiciones iniciales u oportunidades para corregir toda diferencia de dotes fortuita y, por ende, se plantea, inmerecida.

Por supuesto, en un mundo de recursos escasos, esto necesariamente implica nivelar hacia abajo. Pero además, so pretexto de anular ventajas inmerecidas, esta postura puede ser severamente despectiva de esfuerzos valiosos que engendran esas ventajas. Pensemos en la formación inicial: aunque sea fortuita para el niño, depende del esfuerzo y dedicación de los padres como parte integral de su proyecto vital que merece reconocimiento.

Tal igualitarismo aniquilaría buena parte de la libertad basada en la responsabilidad y la expectativa de recompensas acorde con el valor con que nuestros actos son reconocidos por terceros en el mercado. A fin de cuentas ¿Cómo distinguir dónde termina la suerte y dónde comienza el mérito? Llevado al caso extremo, todo podría ser visto como determinista o inmerecido y, por tanto, no sujeto de valoración. ¿Dónde queda la libertad y el reconocimiento del otro en este caso? Lo concreto es que siempre será moralmente preferible que el mercado retribuya por el valor, independientemente de que este derive de una mezcla de mérito y fortuna, a que lo haga suponiendo que nada es meritorio. Desde un punto de vista social, además, nos interesa que los cargos y recompensas sean abiertos en condiciones de igualdad a quienes mejor desempeñen esa función –un médico, un académico, por ejemplo- independientemente de la suerte que hayan tenido para lograr ese mejor desempeño.

Entonces, ¿dónde nos deja todo esto?

El extremo de pura libertad formal implica, en el fondo, renegar de la política pública y situarse en un mundo irreal en el cual el liberalismo está llamado a la irrelevancia política. El extremo de pura igualdad es derechamente contrario a la libertad y, por ende, al liberalismo.

Por supuesto, existe un amplio espacio para posiciones intermedias. De lo que se trata es de conciliar razonablemente las virtudes de la libertad negativa con el valor de la libertad positiva y la justicia social al alero de un proyecto liberal competitivo políticamente. Porque la pregunta última es la siguiente: si los liberales son amigos de la meritocracia y de la competencia necesaria para ella, ¿Puede esto darse sin que los más desaventajados tengan acceso al desarrollo efectivo de capacidades que tiendan a nivelar la cancha y les den oportunidades razonables de competir, desplegar sus talentos y ser recompensados en consecuencia?

A mi parecer, esto pasa por una política social potente que, centrándose siempre en los más desfavorecidos, ponga el acento en el desarrollo de capacidades habilitantes exigentes en pos de una sociedad de acceso abierto a las oportunidades. Se trata de un enfoque suficientario pero de mínimos elevados que “nivelan hacia arriba” y que se complementa con una adecuada red de protección. Dicha política debe ser siempre contingente a los recursos disponibles y por lo mismo, su mayor nivel de exigencia hace imperativa la focalización del gasto como criterio fundamental de justicia distributiva. Ello en oposición a las orientaciones universalistas de financiamiento. Además, creo que esta política pública debe financiar y no necesariamente monopolizar la provisión estatal, siendo deseable y consistente con un principio liberal, involucrar a la sociedad civil.

Por último, y con esto concluyo, una política como esta no elimina las desigualdades de ingreso, pero contribuye a que las que existan, y es deseable que existan, ganen en legitimidad.

Muchas gracias

Preguntas:

AS: ¿Qué valor le asignas tú a la libertad económica y al mercado —entendido como uno competitivo y que requiere regulación para su buen funcionamiento- como parte de la libertad que reclama el liberalismo?

NG: ¿Por qué en su crítica al mercado, la izquierda suele presentarlo en su peor versión caracterizado por abusos, codicia y un egoísmo de la peor especie y lo compara con un socialismo ideal y prístino de hombres buenos? ¿No será más honesto comparar comparables, es decir ideales con ideales y reales con reales?